VIBORERIO

(I) Víboras y Viboritas

Tío Sebastián era un coloso. De cualquier simpleza sacaba una conclusión importante. Para mí, hasta medio brujo era. Todo lo que él anunciaba, se cumplía al pie de la letra.

Cierta tarde calurosa esperábamos los dos sentados la hora de matear. Yo, dele preguntar bobadas; él contestándome con paciencia paternal. Frente a nosotros, trajinaban los chanchos cargando pasto seco en la boca hacia un refugio. Dijo el viejo:

—Mañana vamos a comer tortas fritas.

—¿Por qué tortas fritas?

—Pues, ¿y no ve que va a llover?

—No veo.

—Fíjese que esos bichos están haciendo nido.

—¿Y qué tiene que ver el nido de os chanchos con la lluvia y las tortas ritas?

—Escuche: los animales sienten la ormenta; la tormenta trae lluvia; la luvia moja; la mojadura da frío; los hanchos se abrigan.

—¿Y las tortas?

—¡Ah! Ese es un invento que hizo a gente para correr el aburrimiento e los días de lluvia.

Al otro día llovió. Los chanchos durnieron amontonados entre la gramilla eca. Nosotros comimos tortas fritas ue hizo mamá. Mi tío más que nadie, orque le gustaban más que vivir. ¡Las eces que le compré un cuento o su ompañía en una aventura por un par, na media docena o una docena y meia de tortas fritas!...

Era un hombre bárbaro, tío Sebasián. Me tenía de asombro en asombro, obre todo en cuestiones del tiempo y a tierra, las plantas y los animales; la ida toda. Por ejemplo, oía en la noche antar un chingolo o veía un círculo lrededor de la Luna, me hacía escuhar o mirar, agregando él:

—Nos vamos a levantar con cerrazón.

Al otro día, el espesor de la niebla no lo dejaba a uno verse las manos.

La primera frase completa que yo aprendí a pronunciar cuando llegué a as sierras, fue "¡Cuidado con las víboras!". No había persona mayor que no la repitiera. Y no en balde, por cierto. Aquellos lugares estaban infectados de ofidios.

Limpieza a fuego; ajo pisado en todos los rincones; guampa quemada en cuanta fogata se hacía, fueron las primeras precauciones que se tomaron en casa contra la plaga. Luego, manadas de gatos.

—¡Cuidado con las víboras!

La frase, al final, se me convirtió en una obsesión. Víbora que hallaba, era víbora que yo trataba de matar. Fuera de las de dos cabezas, fuera una culebrita de agua, todas eran enemigas para mí.

Fue tío Sebastián quien de a poco me enseñó a distinguir:

—Hay víboras y viboritas.

—¡Qué noticia!

—Quiero decir víboras dañinas y víboras útiles.

—¿¡Útiles!?

—Sí señor. La parejera, por ejemplo.

—Pero si dicen que la parejera manea las vacas y les chupa la leche!...

—Dicen. Pero eso es otra cosa. Lo que te aseguro es que la parejera pelea con la crucera y siempre la derrota.

—Nunca vi.

—Yo vi. Donde abunda la parejera no hay cruceras.

—Pero entonces, ¿cuáles son las víboras dañinas?

—Las venenosas. Y aquí que no hay yararás y que las corales son falsas...

—Sí...

—...las únicas venenosas son las cruceras o víboras de la cruz y las cascabeles.

Le hice notar que las tales parejeras hipnotizan los sapos, los apereás y las pobres horneritas, para después tragárselos. Me contestó que esa era ley de la vida. Que sin hipnotizarlos, los sapos se tragan cuanto insecto les pasa cerca de la lengua. Y que las "pobres horneritas" no le perdonan la vida a ninguna araña o lombriz que alcancen a ver desde donde sea. Que las arañas se papan las moscas.

—...Y las moscas...

Lo paré.

—Bueno, ¿cómo son las cascabeles?

—Pues tienen cascabeles. Unos sonajeritos de un lado y otro de la cola. Uno por cada año.

—¿Y las cruceras?

—¡Uf!...

Se erizaba el viejo, hablando de tales bichos. Yo lo azuzaba.

—Siga, tío.

—Las cruceras son cenicientas o negruzcas.

—¿Qué más?

—Tienen lunares y rayas negras una cruz en la nuca...

—¿La cabeza?

—Bien chata.

—¿Qué más?

—Colmillo de gancho; en la raíz, la ampolla del veneno.

Gracias a esas conversaciones con mi tío, muchas víboras se salvaron de morir. Pero debo decir además, que de todas esas que siguieron viviendo, me salvé yo. Cuando ahora oía la frase aquella, ya no era cualquier viborita la que me asustaba. ¡Hay que saber lo que es eso a los nueve años, en medio de aquellas sierras plagadas de víboras! Claro, cascabeles y cruceras ocuparon de golpe el lugar vacío. Y fueron desde entonces, el motivo más cargoso de mi obsesión.

Juancito de Por Allá.